

INFO SS.CC. HERMANAS N°34 – 22 DE ABRIL 2016

La alegría de la Pascua



“Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo”(Sal 118.24). La experiencia pascual nos lleva a vivir la verdadera alegría, una alegría que nos invita a alabar y dar gracias al Señor *“porque es eterna su misericordia”*, porque la vida ha vencido a la muerte, porque la luz ha brillado sobre las tinieblas.

Esta alegría nos llena de esperanza, porque Dios sigue a nuestro lado. Son bellos los textos que la liturgia de este tiempo nos regala, nos revelan a un Dios caminando con nosotras y que nos dice: no temas, despójate de la tristeza y vístete de mi alegría, supera la desilusión y llénate de esperanza. La alegría de sabernos resucitadas con Cristo, nos ayuda a superar los miedos que podemos sentir ante lo desconocido e incierto, para situarnos en la novedad que Dios nos ofrece.

En el proceso que estamos viviendo como Congregación, todas y cada una estamos invitadas a vivir este camino como una experiencia pascual. Es un camino nuevo, donde algunas cosas tendrán que cambiar: presencias, apostolados, maneras de organizarnos a las que no hemos estado acostumbradas, y esto no será sin dolor, sin sacrificio... Es un proceso: que requiere ser vivido con el convencimiento que nos va a dar nueva vida, y que nos lanza a buscarla y elegirla cada día; que nos invita a mirar la vida y los acontecimientos desde la hondura de Dios; que nos invita a mirar con los ojos y el corazón del Resucitado.

Carlos Osoro, arzobispo de Madrid, en su libro *“A la Iglesia que amo”*, nos invita a estar en “tierra de Dios”, sabiendo que nosotras no somos dueñas de ningún “territorio”. Durante el Consejo de

Qué diferente sería nuestra experiencia, si nos situáramos de verdad en “tierra de Dios”, nos sentiríamos capaces de desprendernos y de mirar más ampliamente.

Congregación de Hawaii 2016, hemos escuchado en algún momento decir: *“la independencia que tanto nos ha costado lograr, la perdemos ahora”*. Qué diferente sería nuestra experiencia, si nos situáramos de verdad en “tierra de Dios”, nos sentiríamos capaces de desprendernos y de mirar más ampliamente. Carlos Osoro dice: *“Sólo el hombre que se siente en tierras de otro, es capaz de estar*

mirando constantemente lo que quiere el dueño. Ese hombre se comporta tal y como quiere el dueño. Es capaz de plantar en esas tierras la semilla y las plantas que el dueño quiere. La novedad pascual nos urge también a nosotros a plantar las cosas que quiere Dios... Entonces tenemos la posibilidad de vivir la alegría de Cristo, la alegría de la Pascua. Entonces descubrimos que la vida merece la pena vivirse en la medida en que la entendemos desde Dios, y en la medida en que entendemos que es de Dios todo lo que existe, y que nosotros tenemos que responder a los proyectos que Dios tiene sobre todo desde siempre. Desde esta hondura nace la necesidad y la urgencia de invitar a los hombres y mujeres a vivir según Dios, y a que se den cuenta de que el lugar que pisan, que la tierra que habitan, es de Dios”.

Si somos conscientes de esta realidad, no nos costará tanto romper fronteras y pertenecer a la “tierra de Dios”, sabiendo que sólo Él es el dueño, que siembra lo que quiere y donde quiere, y nosotras estamos llamadas a cuidar y cultivar esta viña, sin adueñarnos de ella. Se nos invita a entender la vida de una forma distinta y nueva. La vida de Cristo resucitado no era la misma que antes, a veces, incluso era difícil reconocerle. Invitémonos mutuamente, a vivir esta “nueva configuración de la Congregación”, desde la experiencia pascual del Señor, desde su Resurrección, donde todo tiene un sentido diferente, renovado y portador de vida nueva.

La certeza de la Resurrección, de la Vida que no acaba, alienta el camino, da seguridad en la inseguridad, ilumina la oscuridad, da valor en el miedo, es fortaleza en la debilidad y es causa de alegría profunda; no una alegría superficial y pasajera, sino una alegría honda que nace de la cruz, fruto del amor de Dios que nos fue dado por su Espíritu: “*El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz...*” (Gal 5,22).

Invitémonos mutuamente, a vivir esta “nueva configuración de la Congregación”, desde la experiencia pascual del Señor, desde su Resurrección, donde todo tiene un sentido diferente, renovado...

Como nos dice el Papa Francisco “*Dejemos que esta experiencia grabada en el Evangelio, se imprima en nuestros corazones y brille a través de nuestras vidas. Dejemos que el estupor alegre del Domingo de Pascua, se irradie en los pensamientos, miradas, actitudes, gestos y en las palabras... ¡Pero esto no es un maquillaje! viene de adentro, de un corazón inmerso en la fuente de esta alegría, como la de María Magdalena, que lloraba por la pérdida de su Señor y no podía creer lo que veía al verlo resucitado*”.

Dejemos que el “aleluya pascual” se grabe profundamente en nosotras, de modo que no sea sólo una palabra que repetimos en la oración cada día, sino la expresión de nuestra misma vida. Dejémonos encontrar por Jesús resucitado, dejémonos recrear por la alegría de la Pascua. Para descubrir esta alegría necesitamos ser más contemplativas, descubrir en la vida y en nosotras mismas, la presencia de un Dios que opta por lo pequeño y lo frágil, que se encarna en nuestra realidad. Vivir la alegría de la Pascua, es amar a la manera de Jesús, empeñando la vida en ello, aunque nos cueste; es servir con sus mismos sentimientos. “*Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que tuvo Cristo...*” (Flp 2,5). Sentimientos de amor, de servicio, de perdón... que nos hacen sentir “mujeres de Dios”.

En este momento de mi vida, ¿vivo la alegría de la resurrección?

Sería bueno preguntarnos: en este momento de mi vida, ¿vivo la alegría de la resurrección? ¿Estoy con alguna preocupación, duda, tristeza, miedo, herida...? ¿Qué pedagogía está utilizando Jesús conmigo para llevarme a experimentar la alegría de la Pascua? La primera comunidad cristiana vive la experiencia pascual con una alegría desbordante, una “alegría que nadie les puede quitar”; no es fruto de una ilusión o subjetivismo, sino que es la reflexión y la experiencia de tener verdaderamente al Señor Jesús entre ellos haciendo realidad su promesa: “*Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin*

del mundo” (Mt 28,20). La alegría no es sólo para nosotras, es para transmitirla y compartirla con los demás, especialmente con los que más sufren. El gozo es para ser dado. Jesús nos envía, como a sus discípulos, a anunciar la Buena Noticia, la alegría del Evangelio.

Estas palabras de Benedicto XVI pueden ayudarnos a entender y profundizar en la belleza, grandeza y riqueza del hermoso tiempo pascual que estamos viviendo: *“También hoy el Resucitado entra en nuestras casas y en nuestros corazones, aunque a veces las puertas están cerradas. Entra donando alegría y paz, vida y esperanza, dones que necesitamos para nuestro renacimiento humano y espiritual. Sólo él puede correr aquellas piedras sepulcrales que el hombre a menudo pone sobre sus propios sentimientos, sobre sus propias relaciones, sobre sus propios comportamientos; piedras que sellan la muerte: divisiones, enemistades, rencores, envidias, desconfianzas, indiferencias. Sólo él, el Viviente, puede dar sentido a la existencia y hacer que reemprenda su camino el que está cansado y triste, el desconfiado y el que no tiene esperanza. Es lo que experimentaron los dos discípulos que el día de Pascua iban de camino desde Jerusalén hacia Emaús (Lc 24, 13-35). Hablan de Jesús, pero su “rostro esta triste”, expresan sus esperanzas defraudadas, su incertidumbre y su melancolía. Habían dejado su aldea para seguir a Jesús con sus amigos, y habían descubierto una nueva realidad, en la que el perdón y el amor ya no eran sólo palabras, sino que tocaban concretamente la existencia. Jesús de Nazaret lo había hecho todo nuevo, había transformado su vida. Pero ahora estaba muerto y parecía que todo había acabado”.*

Esta experiencia de los discípulos nos invita a reflexionar sobre el sentido de la Pascua para nosotros. Dejémonos encontrar por Jesús resucitado. Él, vivo y verdadero, siempre está presente en medio de nosotros; camina con nosotros para guiar nuestra vida, para abrirnos los ojos. Confiemos en el Resucitado, que tiene el poder de dar la vida, de hacernos renacer como hijos de Dios, capaces de creer y de amar. La fe en Él transforma nuestra vida: la libra del miedo, le da una firme esperanza, le da pleno sentido.

Él, vivo y verdadero, siempre está presente en medio de nosotros; camina con nosotros para guiar nuestra vida, para abrirnos los ojos.

María es llamada *“causa de nuestra alegría”* porque nos ha dado a Jesús, que ella nos introduzca en aquella alegría de Cristo resucitado que nadie nos puede quitar, que ella nos acompañe con su amor maternal en este tiempo pascual.